

Y la nieve ardía

Certamen Literario de Turismo Medio Ambiental
“El Moncayo”

Año 2013

Autor: El escriba de Castelmoncayo

Y LA NIEVE ARDÍA

I

Año de 1808. Fiestas de San Miguel...

-¡¡Vaya bodrio de fiestas!!- pensó Zacarías. Este año no había habido ni siquiera baile. Una misa por el patrón, San Miguel, y vas que te arreas. Todo el año pensando en las vacas de la ganadería Carriquirri, que traídas desde la Laguna de Añavieja, serían soltadas por la calles para que los mozos demostrarán su valentía ante las mozas y este año nada de nada. Con lo que había fantaseado Zacarías de cómo dejaría boquiabierta a su deseada Milagritos tras zafarse de las vaquillas con un artístico recorte... *-como los hace el Toñín, el de la Costoya-* pensaba.

Sin embargo, este año todo estaba siendo bien distinto. Corría el año de 1808 y los vecinos del norte, los franceses, habían venido a aguar las fiestas y la vida en general, a Zacarías y a todos los españoles. Con el pretexto de conquistar Portugal, tradicional aliado de Inglaterra y por lo tanto enemigo de Francia, les habíamos dejado entrar en España tan inocentemente que una vez aquí, pensaron que lo mejor, ya que estaban dentro, era quedarse y apoderarse del poder. Vamos, una conquista de gratis, en toda regla.

Nada de esto entendía el pobre Zacarías, que con sus dieciséis añitos recién cumplidos no había anhelado casi otra cosa en todo el año que su Milagritos y las fiestas de San Miguel, donde recortaría a las vacas y mucho mejor, podría bailar otra vez con su Milagritos. Digo su, y digo mal, porque de suya nada de nada. Eso era lo que él pensaba, pero solo por ello tampoco dejaba de ser suya. Y es que cuando el año pasado Zacarías le propuso bailar en las fiestas y ella accedió, el pobre Zacarías notó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo que le hizo saber que esa jovencita tenía que ser la mujer de su vida.

II

Año de 1807. Fiestas de San Miguel...

No obstante, no nos dejemos llevar a engaño por las falsas ilusiones de Zaca, que era como todo el mundo le llamaba. Era tan simplón el pobre, que aunque guapete y majico como él solo, era tan vergonzosillo que cuando algo se esperaba de él, agachaba la cabeza y se quedaba callado como un perro. Eso mismo fue lo que le pasó cuando el año anterior bailó con Milagritos en las fiestas de San Miguel. Fue bastante cómica la imagen de ver al pobre Zaca más tieso y orgulloso que una vela, pisándole los pies a Milagritos que descarada como ella sola, se reía a carcajadas de la situación.

A Zaca le volvía loco esa muchacha, sin embargo ella, probablemente nunca se había fijado en él. Sólo había accedido a bailar con él para ganar tiempo y entretanto dar celos al señorito del Marqués de Paredes que parecía querer tontear con ella, aunque ni siquiera ella era de su condición social ni corte moral.

Acabada la canción, Zaca se encogió, agachó la cabeza como era de costumbre, y miró de reojo a Milagritos. Cuál fue su sorpresa cuando sintió unos labios en su mejilla, eran los de Milagritos, a la que le hizo tanta gracia la situación, que decidió poner la guinda al pastel para terminar de ruborizarlo.

Ese año, el Concejo había traído a un grupo de jotas navarras, de Cintruénigo más concretamente, y la canción que habían interpretado era la de “*Soñé que la nieve ardía*” que dice así:

“Soñé que la nieve ardía,

soñé que el fuego se helaba,

soñé cosas imposibles,

soñé que tú me querías”

¡¡¡Zaca había escuchado esa canción miles de veces!!! Su familia, los Alonso, eran y habían sido los neveros de Moncayo desde tiempos inmemoriales y parecía que su padre nunca había sido capaz de aprenderse otra canción, siempre cantaba la misma. -¡¡Qué tontería de canción!!- pensaba siempre Zaca, -¡¡cómo va a arder la nieve, con lo

fría que está!! ¡¡cómo se va a helar el fuego, si ni siquiera tiene agua!! ¡¡vaya tontería!!-. Sin embargo, desde este momento, esta canción tomó un significado totalmente diferente para él. *-¡¡A lo mejor, no todo es imposible, a lo mejor algún día Milagritos me quiere!!-*.

Y tras esta breve reflexión había corrido loco de contento como alma que lleva al diablo hasta Las Peñas, su lugar habitual de reflexión, para sentando sus jóvenes posaderas sobre la fría piedra ver cómo se ponía el sol en una de las últimas tardes apacibles del año. La emoción le llenaba por dentro. *-¡¡Mi primer beso, y nada más y nada menos que de Milagritos!!-* Aquella chica a la que tanto había visto venir de la fuente de la plaza de San Miguel, cada año con un cántaro más grande, con unas piernas más grandes, con unas caderas más grandes y con unos senos tan grandes que muchas veces Zaca calculaba con sus manos si podría llegar a abarcar. Y es que Zaca y Milagritos eran vecinos. Zaca solía estar zascandileando en la puerta de su casa de la calle Esopo y por allí subía todos los días Milagritos acompañada de otras mozas hacia la plaza del Castejón, donde allí vivían. Al ser ella un par de añitos mayor que él, e ir bien entretenida con los chascarrillos que todas contaban, nunca había reparado en Zaca, y la verdad que a él, siempre entretenido jugando con cualquier cachivache, hasta entonces tampoco le había importado mucho. Pero a partir de ahora, todo iba a ser distinto, un beso significaba mucho.

Pronto empezaría el crudo invierno, pensaba Zaca viendo el atardecer, y con él, el trabajo duro, el frío, las penurias, ¡¡la nieve en Moncayo!! Pero, sin embargo, ahora todo parecía de color de rosas. Tenía la ilusión de creer en el amor con Milagritos, por lo que el frío se haría menos intenso.

Desde este mismo instante sólo pensaba en sentarse a la puerta de su casa a esperar como un bobalicón a que pasase su Milagros, pero no vayamos más lejos de la realidad. Ese deseo fue solo cosa de un día. Justo al día siguiente, cuando al pasar Milagritos con su cántaro, Zaca la miró y ella contestó con un simple *-hola-* y una sonrisa, al tiempo que el resto de las muchachas reían como gallináceas a sabiendas de la anécdota del día anterior. Para él fue suficiente, continuaba la magia. Pero no tuvo tiempo Zaca de esperarla más días en el poyete de su casa, ya que su padre, Eusebio, un hombre de armas tomar, pronto lo sacó a gorrazos de su enamoramiento y lo puso a

trabajar. Ya era Octubre y empezaba la campaña hibernal, la de los Alonso, la de la nieve.

III

Año de 1807. La primera expedición...

La familia de los Alonso, y en concreto la de Eusebio Alonso, porque había más *alonsos* pero sólo esta dedicada generación tras generación al mundo de la nieve, eran los gestores de los neveros situados en el paraje de Los Cejos en Moncayo, sin duda, los mejores de toda la zona hasta el Valle del Ebro, siendo capaces de suministrar hielo a Zaragoza, ojo al dato, incluso en pleno verano. No había parangón en cuanto a neveros, y eso se debía en buena parte al frío de Moncayo, pero también, sin duda, al buen hacer, al esfuerzo y a la profesionalidad de esta familia agredeña formada por Eusebio, y sus tres hijos; José, el mayor, Carmelo, el mediano, y Zaca, el pequeño de los tres hermanos que hasta ahora se había librado de trabajar en las tareas relacionadas con la nieve por su dureza, pero ya estaba hecho todo un hombrecito y Eusebio había decidido que ya era hora de que aprendiese la profesión familiar.

Hasta entonces, no es que se hubiera quedado de brazos cruzados, ni que hubiera estado permanentemente en la escuela, todo lo contrario. A la escuela poco, por no decir nada. Alguna leccioncilla en el Convento de los Agustinos para aprender a leer y escribir, como decía su padre para apuntar los nombres de los deudores y para echar las cuentas, y poco más. Lo que más había hecho hasta la fecha era ayudar a su madre, Eloísa, con el huerto que la familia tenía en el Soto, alguna tarea en el hogar y, sobre todo, con los animales, que eran su especialidad. Tenía la familia Alonso en su raña de su casa de la calle Esopo unos cobertizos con toda una arca de Noé. Tres mastines que acompañaban normalmente a los hombres de la casa a Moncayo para defenderlos de los posibles ataques de los lobos, dos mulas con las que solían transportar la nieve, una yegua, dos cerdos anuales para hacer la matanza, cuatro o cinco cabras que suministraban de leche a la familia y de algún cabritillo para Navidad, cuatro o cinco corderos, y un sin fin de conejos y gallinas que aportaban un sobrado sustento a la familia. Los preferidos de Zaca eran el Califa, uno de los mastines, y la Peca una de las mulas. Era con los que más tiempo había convivido y jugado y es que, al igual que Zaca

con respecto a sus hermanos, eran los más pequeños de los de su especie y, por lo tanto, también como Zaca, habían estado hasta ahora casi apartados de la vida laboral. Ahora era cuando les tocaba dar el do de pecho y arrimar el hombro a la economía familiar.

Para el uno de octubre, como mandaba su particular tradición, Eusebio y los hermanos mayores ya habían preparado la paja procedente de cuatro corros y cuatro bancales malos que la familia tenía sembrados de cereal. Esto lo hacían como actividad complementaria a la nieve y para conseguir algo de harina, pero más que nada para conseguir la paja que después utilizarían para preparar las franjas divisorias de la nieve en los neveros.

Desde el punto de la mañana toda la casa se puso en movimiento. El padre, sus dos hermanos, las mulas, la yegua y los mastines, y por primera vez, Zaca. El pobre no cabía en sí. Unas veces de contento, otras de nervioso, otras de extasiado recordando el beso de Titos (incluso ya le había puesto un nombre más cariñoso), pero en general, estaba emocionadísimo de formar parte por primera vez de la expedición de “los Alonso” hacía Moncayo. Alguna vez los había acompañado hasta las Travesañas o los Cuatro Caminos, pero su padre ya nunca le había dejado continuar, decía que tiempo tendría de subir e incluso de aburrirse de subir. Hoy iba a ser la primera vez que subiera hasta los 1.800 metros a los que le decían que estaban situados los neveros gestionados por su familia.

Zaca, aunque emocionado y deseoso de empezar la expedición, se hizo el remolón un momento antes de emprender la marcha. Miró a ambos lados de la calle para ver si aparecía su Titos procedente de la fuente para que lo viera partir como un auténtico hombre, pero abrumado recordó que no era la hora adecuada, que ahora estaría lavando con las otras en el río Largo, así que al primer grito de su padre, se ajustó las albarcas y se echó a correr detrás de la comitiva hasta llegar a la altura de la Peca, que también sabía que algo excepcional estaba ocurriendo. *–Que maja la Peca, con su peca blanca en el hocico, sobre el resto de su negra piel-* pensaba muchas veces mientras le acariciaba su peca de color.

El primer destino fue una era cercana a la Fuente Somera, donde los hombres de la casa habían apilado toda la paja en un cobertizo. Tocaba cargarlas en un pequeño carro que se engancharía a las mulas y en ello se afanó nuestro protagonista. Tras

realizar dicha tarea se apresuraron a emprender la marcha. El día era el típico otoñal. Un día pálido, mustio y con algo de viento y algo de niebla, pero Eusebio, con la voz que da la experiencia dijo tranquilo; *-Mañanitas de niebla, tardes de paseo. Brillará el sol en Moncayo-*.

De esta forma, partió la comitiva por el camino de Aldehuela hacia los Cuatro Caminos pasando por las Carrasquillas. Cada uno tenía su sitio, y claro está, estaba definido por la edad y el grado de experiencia. El padre presidía a lomos de la yegua con su mastín favorito, el Gitano, atado a las riendas de la yegua. A continuación, las dos mulas emparejadas tirando del carro hasta los topes de paja y José y Carmelo, los dos hermanos mayores, a lomos de cada una de ellas. Mientras, al pobre Zaca, le tocaba ir andando. *-Tú que eres joven, andando-* rieron todos al unísono. En verdad a Zaca no le importaba lo más mínimo, iba andando y tan contento. Además, a su lado iba su gran aliado, el Califa, ese mastín que había nacido detrás del Arco Califal en el Barrio Moro, de ahí su nombre, y que hasta hace poco era más grande que él mismo cuando jugaban tumbados en el suelo.

Al llegar a los Cuatro Caminos se cumplieron los pronósticos de su padre y poco a poco se fue abriendo la niebla y las nubes, y fue apareciendo un tímido sol que animaba el espíritu y calentaba el cuerpo. Junto a él, fueron apareciendo también los primeros agredañes que bajaban con sus reatas de caballerías portando la leña de haya que el guarda les había dejado sacar de Moncayo. Al ser un monte comunal, todos los agredañes tenían derecho a un lote de leña y ya todos se proveían para afrontar el duro invierno. Los Alonso ya la tenían en casa y en los neveros guardada desde hacía tiempo. Eusebio y Pedro, el guarda de Moncayo, por convivir mucho tiempo en Moncayo y haber padecido muchas batallitas juntos, como por ejemplo las batidas a los lobos que conjuntamente organizaban, tenían una gran amistad y Pedro le reservaba a Eusebio las hayas más grandes y las más cercanas al camino y a Ágreda para que no tuviera que trabajar tanto, y no solo eso, sino que además le dejaba sacar la leña el primero, a hurtadillas, para que no protestasen los demás de los ejemplares que le guardaba.

Tras los saludos de rigor, los comentarios típicos del tiempo y las charradas sobre las faenas, continuaron camino arriba. Zaca, sonreía y saludaba a todos

emocionado. *–Vaya aventura–*. Todo era nuevo para él, y todo en un mundo de hombres.

Al girar a la derecha para desviarse hacia el Collado del Canto Hincado, Eusebio y los hermanos se apearon de las monturas y agacharon el riñón para comenzar a subir los fuertes desniveles que a partir de allí comenzaban. Zaca, que hasta la fecha no sabía lo que era eso, tuvo que sacar la lengua varias veces para poder respirar, pero rápidamente se envalentonaba de nuevo y echaba a correr hasta alcanzar a la expedición. *–¡¡Que iba a pensar si le veía así su Titos!! Tenía que ser fuerte y aguantar como los demás, de hecho, ¿no era ya un hombre?–*, pensaba mientras apretaba los dientes y llegaban al Collado del Canto Hincado. *–¿Y eso era el Canto Hincado? Vaya desilusión.–* pensó Zaca mientras se frotaba la cabeza dubitativo. Sus hermanos siempre le habían hecho creer que ese canto hincado era una piedra tan grande tan grande que se veía desde Ágreda. Él, por más que trataba de verla, nunca era capaz. *–Pero, ¿cómo no la puedes ver, allí, en lo alto del Collado? ¿Es que estás ciego?–* le decían sus hermanos. Zaca, por mucho que lo intentaba, nunca la veía, aunque alguna vez tuvo que decir por contentarlos; *–Ay sí, ya la veo–*, aunque no viese nada. Ahora comprendía por qué no la veía... *–¡¡Era un canto minúsculo, de apenas medio metro, que sí, estaba hincado en el suelo, pero de apenas medio metro!!–* pensaba enfadado y sonriente al mismo tiempo al saber que había sido víctima de la primera novatada de la profesión de los neveros del Moncayo. Todos habían pasado por eso.

Allí, a casi 1.500 metros de altitud, se hizo notar el viento casi helador del que tantas veces le habían hablado sus hermanos. *–No sopla en Ágreda, pero cuando coges altura, abrígate que lo sufrirás pero bien–* le decían. A pesar del solecillo, entre el viento y los ropajes húmedos por el sudor, Zaca sintió frío. Pronto se le olvidó, estaba estupefacto con las vistas que desde allí se contemplaban. Se veían todos los pueblos de la Tierra de Ágreda; Fuentes de Ágreda, Muro, Valverde, Ólvega, Matalebreras, Castilruiz, y otros en los que en su corta edad nunca había estado, y mucho más lejanos, otros lugares de los antiguos reinos de Navarra y Aragón a los que su padre le decía que algún día tendría que ir a llevar hielo. *–Quédate bien con los nombres de esos pueblos, los recorrerás a menudo–*. Se veían hasta los Pirineos, cuyas cumbres nevadas ya punteaban en el horizonte.

Zaca no se cansaba de mirar. Su padre le llamó y al girarse, una bota de vino le dio una bofetada en la cara. *–Ay que estar espabilao. No te quedes en la innopía. Vamos, echa un trago, que seguimos...* - Le espetó su padre. Zaca, lleno de emoción por el que iba a ser su primer trago como nevero, cogió la bota y bebió largamente, atragantándose al final y provocando la risa de sus hermanos. Se echó la bota al hombro, siendo a partir de ahora el portador oficial de la misma, lo que le daba un punto de hombría. Eusebio, que había vuelto a montar en la yegua, le azuzó para que volviera a andar en dirección a Peña Negrilla, y al hacerlo, empezó a cantar una canción... la que siempre cantaba; *“Soñé que la nieve ardía”*. Los hermanos, José y Carmelo, orgullosos de su dura profesión, le siguieron con los coros, y Zaca, recordando su idílico amor con Titos y sintiéndose parte de la saga de *“los Alonsos, los neveros”*, se emprendió también:

*“Soñé que la nieve ardía,
soñé que el fuego se helaba,
soñé cosas imposibles,
soñé que tú me querías”*

IV

Los neveros de Los Cejos...

Nada más dejar el Canto Hincayo y adentrarse en pleno monte, Zaca experimentó una sensación de ser un auténtico montero de verdad. Acababan de entrar en una nueva vertiente, una nueva dimensión del Moncayo para él desconocida. Ya no se veía ningún pueblo, sino sólo ellos y el Moncayo. Abajo, un profundo barranco y mirando hacia arriba, la cumbre de Peña Negrilla que se erguía orgullosa y altanera con sus más de dos mil metros de altitud. Hacía allá era adonde se dirigían. De repente Eusebio lanzó un grito; *-Mira, mira, mira-*. Una familia de jabalíes bajaban corriendo a toda mecha por una de las laderas para finalmente ocultarse entre los matorrales. *-¡¡Qué majos los jabatos!!-*. Si no hubiera sido porque habían salido corriendo, hubiera sido casi imposible verlos. La vegetación era tan espesa en ese barranco que casi no había ningún

pasto. Todo eran brezos, jaras, genistas, algún enebro o sabina mora y *saxífragas moncayensis*, una planta endémica del Moncayo. –*En primavera, esto se llena de mil colores*- decía Eusebio. Allí era también donde su padre cogía las escobas con las que después medio Ágreña limpiaba sus casas y cada uno su trozo de calle.

Quedaba un largo trecho por subir. El camino a veces era recto, otras veces trazaba curvas de herradura para salvar el desnivel más fácilmente, pero siempre subía y siempre tenía un piso bastante irregular. Tras un rato en silencio, en el que cada uno iba inmerso en sus pensamientos, y Zaca en Titos, Eusebio dijo de pronto; –*Este camino, Zaca, se lo debes a tus ancestros. Nosotros, los Alonso de la nieve, lo hemos trazado a puro de subir y bajar*-, por lo cual parece que se gustó de tal forma que, de hecho, adoptó cierto porte chulesco en su yegua. Zaca, optó por hacer lo mismo y mover los hombros hacia delante y hacia atrás según subía, tal y como lo hacía su padre a caballo.

Aproximadamente una hora después desde que habían dejado el Canto Hincayo, llegaron cerca de los neveros de Peña Negrilla. En total, unas tres horas de caminata, unos quince kilómetros y casi unos mil metros de desnivel desde Ágreña. –*Ves acostumbrándote, Zaca. De ahora en adelante, te vamos a hacer un hombre*- le decía su padre. Sin embargo él estaba tan campante. Su joven edad, su temperamento inquieto, las vistas y la emoción de descubrir los neveros y las altas cumbres del Moncayo, le habían hecho olvidarse de lo sufrido de la ascensión. Estaba inquieto por empezar a trabajar.

Habían llegado ya a los 1.800 metros y su padre señaló desde lo alto de la yegua. –*Allí están los neveros*-. Zaca echó a correr seguido de el Califa, el mastín más joven que también descubría todo aquello. Corrió, corrió y corrió tan entusiasmado por el camino hasta que su padre le gritó; –*¡¡Ehhhhh, que te los pasas, que están más atrás!!*- Zaca miró en derredor y no vio nada, excepto lo que parecía una casucha desvencijada. –*¿Ya estamos otra vez con las bromitas como la del Canto Hincayo?*- gritó preguntando enojado. Todos rieron al unísono con ruidosas carcajadas. Zaca se encogió de hombros contrariado. –*Aquí, están ahí*- le volvió a indicar el padre. Zaca ya fue más tranquilo, saliéndose del camino y encontrándose junto a los demás en la casucha. Efectivamente, estaban ahí. Otra desilusión. Él se los esperaba de otra forma, más no sé, más edificios, más construcciones, no eso. ¿Y qué era eso? Cuatro hoyos más o menos seguidos en el

suelo, de bastante profundidad, unos quince metros, y de unos nueve metros de anchura cada uno, pero eso, no dejaban de ser cuatro hoyos sin más.

Zaca se quedó pestañeando un tiempo como intentando salir de su asombro y de repente preguntó; *-¿De esto vivimos?-. Y su padre le contestó de manera efímera; -No, de eso no, sino de lo que habrá dentro, y en cómo hacer para que se conserve el máximo tiempo posible en eso a lo que tu llamas eso, es de lo que vivimos-. La respuesta no convenció mucho a Zaca pero se dirigió hacia la casucha, donde estaban sus hermanos que se disponían a descargar la paja del carro que no sin esfuerzo habían tirado hasta allí las mulas, entre ellas la Peca que también se estrenaba por esos lares.*

Era normal la decepción de Zaca. Los neveros de Moncayo, por estar tan altos como estaban, parece ser que no necesitaban ni siquiera de paredes revestidas de piedra ni de cubierta como tenían otros neveros. En Los Cejos y Peña Negrilla, términos en los que estaban situados los neveros, a mitad de camino entre la ladera de uno y la cumbre del otro, hacía tanto frío que no eran necesarios tales aislamientos. *-El frío hace el resto, hijos- decía siempre su padre. -Así los he conocido yo toda la vida y siempre han funcionado y han guardado la nieve hasta bien entrado el verano, así que no vamos a innovar ahora-. De esta forma estaba ya cansado de contestar Eusebio ante las insistencias de sus hijos mayores de que se podía aislar con paredes de piedra, e incluso con una cúpula, tal y como estaban aislados los neveros cubiertos de las localidades de Ágreda y Añavieja, por ejemplo. -No me vayáis a comparar. En Ágreda pueblo hace la mitad de frío y no hay ni un quinto de la nieve que hay aquí, por eso necesitan tales aislamientos. Aquí sería trabajar a lo tonto. A las pruebas me remito; cuando ellos ya no tienen nieve, a nosotros aún nos queda para cuatro o cinco meses o incluso más-. Y la verdad que razón no le faltaba a Eusebio, que de otra cosa puede que no supiera, pero de nieve sabía un rato largo. Los hijos aceptaron la respuesta con la callada de costumbre, y a Zaca le pareció muy razonable la explicación de su padre.*

Lo que más gustó a Zaca de todo aquello fue la casucha, que al final no era tal, sino que era toda una construcción popular aprovechando los materiales que ofrecía el terreno, que eran básicamente, piedras. Estaba construida con piedras colocadas las unas sobre las otras y sin ningún tipo de argamasa ni de cemento que las uniese. Era algo parecido a un iglú de piedras que se sostenía por su propio peso y el empuje que

ejercían las unas contra las otras. Zaca dudó al entrar. *–No temas, incauto, yo siempre la he visto en pie, incluso aunque haga mucho viento-* le dijo su hermano Carmelo. Finalmente, entró y comprobó que no había prácticamente nada. Varias escaleras de mano, sogas, alguna polea o carrucha, y distintas herramientas que no sabía muy bien para que servían. Lo que más llamó la atención a Zaca fue los restos de una hoguera. *- ¿Aquí es donde se almuerza?-* preguntó iluso. *–Sí, pero no solo eso, hijo mío. Ahí es donde tendrás que debatirte entre la vida y la muerte. Esa hoguera sirve, básicamente, para entrar en calor.-* Zaca quedó muy contrariado. *–¿Tanto frío haría? ¿Tan insoportable sería?.*

Respondido a esa cuestión, preguntó por las herramientas, pues nunca las había visto antes. Eusebio, José y Carmelo, dejaron lo que estaban haciendo para satisfacer las dudas de su pupilo. Comenzó Eusebio, que era siempre quien llevaba la voz cantante; *- estas de aquí son las palas con las que se va echando nieve al nevero, estos son los pisones con los que se va apretando la nieve dentro del nevero para que se quede bien dura y se vaya haciendo hielo, estos los rastrillos que sirven para ir allanando la nieve y hacer las franjas bien lisas, todas de la misma medida, para que después salgan los bloques de hielo bien uniformes, y estas de aquí y las más importantes, las palas cortantes con garfio.-* explicaba pacientemente Eusebio. *-¿Las qué? preguntó extrañado Zaca. –Las palas cortantes con garfio. Estas son las más útiles puesto que ves, por este lado, es cortante y sirve para cortar el hielo en bloques, mientras que por este otro, es un gancho con el que se arrastran los bloques hasta la superficie. A veces, cuando ya está muy profunda la nieve, también nos ayudamos de las poleas colocadas en la superficie con unas tablas para subir los bloques de hielo-* explicaba muy pedagógicamente Eusebio haciendo los gestos oportunos. *-No te preocupes, lo aprenderás rápidamente, sobre la marcha. Serás todo un Alonso de las nieves.-*

Terminaron de descargar la paja en un cobertizo, para que no se mojara, y se sentaron en la casucha a comer las viandas que Eloísa les había preparado. Eusebio comenzó a explicarle a Zaca el proceso que habrían de seguir para toda la campaña: *-Primero, una vez ya descargada la paja, tendremos que apañar los neveros, que es lo que haremos luego, y que consiste en poner en el fondo de cada uno de ellos una base de sarmientos y tablas para que vaya cayendo por debajo de ella toda el agua deshelada y no esté en contacto con la nieve. Después ya toca esperar a que nieve. Una*

vez que haya ocurrido, subiremos de nuevo hasta aquí para ir introduciendo con las palas o capazos la nieve en los neveros, y la iremos distribuyendo con los rastrillos y apretando poco a poco con los pisones. Cada medio metro de nieve hay que esparcir una capa de paja para que haga de aislante, y para que si se derrite algo de nieve, no toque a las franjas inferiores y por tanto, no las haga derretirse también. Esa medida establecida con la paja es importante porque de ahí saldrán los bloques que obtengamos después, por lo que hay que procurar que sean todas las franjas del mismo tamaño para que después esos bloques, nos quepan en los serones que es donde normalmente transportamos la nieve. Una vez lleno el nevero de nieve hasta arriba, se cubre con tierra, hojas, paja o ramas para aislarlo de la temperatura exterior y crear una cámara aislada de nieve y hielo. Incluso, algún año hemos introducido hielo de unos charcos que se forman por aquella zona- añadía Eusebio indicando hacia una zona llana y casi sin vegetación.

Normalmente, casi todos los neveros se solían llenar hacia finales del invierno o en las últimas nieves de la primavera, pero sin embargo, los Alonso lo hacían en cuanto caían las primeras nevadas. *-Nosotros damos servicio todo el año, y además, la nieve almacenada en nuestros neveros de Moncayo, con las bajas temperaturas del invierno, se convierte en hielo puro y no hay Dios que la derrita en todo el año-* presumía siempre Eusebio allá donde fuese. Pero eso también significaba trabajar en unas condiciones muchísimo más duras que los demás. Los Alonso subían en pleno invierno, tras remitir un poco el temporal, pero cuantas veces pensando que ya había pasado, entraba otro y les había tocado bajar nevando a todo nevar y con casi medio metro de nieve por el camino. *-De todo te tocará vivir, Zaca. Has de ser fuerte en la vida y en el trabajo-* le aconsejaba fraternalmente Eusebio a su hijo ante lo que se le venía encima ese mismo invierno.

Tras haber recogido todos los bartulos y haber dejado bien preparadas las herramientas, emprendieron la marcha de vuelta a casa. *-Recuerda bien todo esto, Zaca, la próxima vez que volvamos, estará todo nevado y no se apreciará prácticamente nada, habrá que andar a tientas y haciendo un sobre esfuerzo casi inhumano para subir hasta aquí-*. Y tras echar la vista atrás para grabar mentalmente en su cabeza la situación de cada uno de los neveros, la casucha de piedras y las herramientas, y la

distancia hasta el camino, tal y como decía su padre, comenzó a descender hacia casa orgulloso por la jornada vivida junto al resto de los varones Alonso.

Si a la subida las vistas eran espectaculares, ahora se tornaban casi mágicas. El sol otoñal luchaba con un sinfín de nubes bajas en mostrarse más que las demás, y el resultado era sobrecogedor. Una luz rojiza tamizaba todo el cielo haciendo destacar sobre el horizonte y en contraste con la puesta de sol, a los otros colosos sorianos, a la Sierra de Urbión y a la Sierra Cebollera. Abajo, en las faldas del Moncayo e iluminada por los últimos rayos de sol que dejaba pasar el Cerro de San Blas, la Villa de Ágreda. – *Ahora sí que estará volviendo mi Titos de la fuente, que pena no estar ahí para verla, pero no pasa nada, ¡¡tiempo habrá y habrá que aprovecharlo!!-* se autoconvencía Zaca de que algún día Milagritos le querría.

V

Las primeras nevadas y el transporte...

Sin embargo, Zaca no tuvo apenas tiempo de ver en casi todo el año a su Milagritos. La amenaza de su padre de que empezaba a trabajar como un hombre, se cumplió de verdad y apenas paró por la puerta de su casa como en los años precedentes. Siempre iba a todos los lados con prisa y con mil qué hacer por delante; la nieve, los animales, el huerto... De esta forma, fueron contadas las ocasiones que pudo verla, y cuando aconteció, Zaca, vergonzoso él como pocos, se volvía a encoger de hombros y volvía a agachar la cabeza, sin decirle nada. No obstante ella, ya se fijaba en él y como aquella vez en el baile, le hacía gracia la vergüenza que sentía Zaca y, de hecho, la provocaba, así que siempre que le veía, lo saludaba aparatosamente, mientras que el resto de las chichas reían a rienda suelta. A Zaca esto le desbarataba todos los planes y le confundía, y siempre pensaba... *-ya te veré yo a ti sola, y te diré todo lo que pienso y me tendrás que amar-*, se desquitaba pensando Zaca.

Pronto cayeron las primeras nieves, y en cuanto remitía un poco el temporal y regalaba la nieve de los caminos que llevaban hacia Moncayo y, en concreto, cuando se veía que ya se había derretido la nieve hasta el Canto Hincao, los Alonso se ponían en marcha. Normalmente, la temperatura solía ser siempre bastante baja.

En la primera nevada, hasta el Canto Hincao, al estar a la solana, Zaca pudo ir evitando bien la nieve, pero a partir de ahí, empezó a experimentar lo duro que era ser nevero. La nieve solía llegar casi hasta la rodillas, y a veces incluso más y, por tanto, andar se convertía en algo realmente dificultoso y costoso, puesto que había que levantar las rodillas casi hasta la cintura para dar el próximo paso. A eso había que sumarle lo precario de la vestimenta que llevaban los Alonso, que hacía de su profesión algo bastante calamitoso. No se componía de ropa impermeable, ni de goretex como la que pueda existir hoy en día, por entonces todo era de lana de oveja merina, de la que chupa bien el agua, y el calzado unas meras albarcas recubiertas con paños para tratar de suavizar el frío. En definitiva, que a la media hora de andar por la nieve, Zaca y los Alonso, tenían las piernas chipiadas de agua y comenzaban a sentir el frío de lo lindo.

Nada más llegar a los neveros, normalmente, lo primero que hacían era encender la hoguera en la casucha de piedras para calentarse, se cambiaban de ropa y extendían la ropa mojada para que se secase. Para la bajada se pondrían otra tercera muda. Zaca estaba tiritando y parecía estar pasándolo mal de verdad. Eusebio sacó la bota de vino, y a la vez que se le acercaba, le dijo; *-Viva el vino y las mujeres, que calientan más que el sol-*. Ese primer día no había sol, pero fue echarse un buen trago de ese vino cosechero de Iruelas y pensar en su Titos, y se le pasó el frío de golpe poniéndose en pie de un salto y emprendiéndose a trabajar con los demás.

Aquella primera vez no había sido una gran nevada, unos treinta centímetros, pero de momento, serviría para ir sentando la base de los neveros y para que Zaca fuese aprendiendo. De hecho, lo hizo de tal forma que cansado de tirar de pala y capazo para acarrear la nieve hasta los neveros, desarrolló un nuevo método haciendo bolas inmensas de nieve que hacía rodar hasta el interior del propio nevero. Una vez dentro, sus hermanos, las trituraban con los picos, la extendían con los rastrillos y la compilaban con los pisones. Al haber poca nieve, esta primera vez, solo hicieron dos filas de bloques separados por paja. En lo sucesivo, durante el resto del invierno, siguieron subiendo hasta que lograron llenarlo de nieve hasta arriba. Los sabañones, producto del frío intenso sobretodo en los pies, hicieron su aparición y Zaca sufrió mucho.

A partir de la segunda vez que subieron, ya no bajaban de vacío. Siempre ya bajaban con hielo en los serones de las mulas. –*Los Alonso damos servicio todo el año-* decía muchas veces orgulloso Eusebio, y es que la nieve del Moncayo era más deseada que ninguna otra porque era nieve que no tenía ninguna impureza, mientras que las de los neveros de los pueblos o las ciudades solía estar manchada por la suciedad que pudiera impregnarse al recogerla.

Aunque la distribución se realizaba durante todo el año, era entre mayo y octubre la época de más comercio. En la época invernal el destino principal de esta nieve era sobre todo para hospitales y cuarteles, mientras que en verano se dedicaba también a la conservación de alimentos, como carnes y pescados, y para la elaboración de horchatas y helados. No había convite o celebración de cualquier noble que se preciara y que quisiese demostrar su status, en el que no se terminara comiendo helados y sorbetes de varios gustos elaborados con la nieve de Moncayo, la nieve de los Alonso.

De esta forma, Zaca pudo conocer a las chicas de más alto rango de muchos palacios a los que servían nieve, pero –*ninguna como mi Titos-* pensaba Zaca, –*podrán tener mucho dinero pero no tienen la clase, ni la soltura, ni el salero, ni los pechos que tiene mi Milagritos. Bahhhh-* terminaba despreciándolas.

Y es que a Zaca, además de subir a los neveros, también le tocaba recorrerse con su hermano José toda la geografía próxima y no tan próxima, para hacer llegar la nieve hasta aquellos lugares donde tradicionalmente la solían demandar.

En invierno subían hasta Moncayo de día porque al hacer frío no se derretía la nieve y daba igual, y así sacaban hielo para bajarse e introducían más nieve en los neveros, pero en primavera y verano subían al atardecer, extraían los bloques que habían de llevar y la transportaban de noche, para que no se derritiera, y lo hacían o bien en cántaros de barro o bien en serones protegidos con helechos, serrín y mantas.

En todas esas idas y venidas, era incuestionable para Zaca la presencia de sus dos animales preferidos; el mastín Califa y la mula Peca, con los que estaba desarrollando una amistad que ya sobrepasaba con creces la propia de dueño-animal. Para él eran prácticamente como otros miembros más de su familia, como su hermano José mismamente. Eran parte del todo de las expediciones y gracias a su compañía y a su ternura, le hacían menos angustiosas las penas del trabajo.

Con ellos se desplazaba por todas las poblaciones de la Ribera del Ebro, llegando incluso a veces, sobre todo en verano, cuando ya no había otros neveros capaces de suministrarla, hasta Zaragoza. Sin embargo, ir hasta allí apenas salía a cuentas, porque de los setenta y cuatro kilogramos de nieve que tenían calculado que podían bajar en los serones desde Moncayo, normalmente en verano, debido a la calor, se perdía casi un cuarto de carga por el camino, pero hasta Zaragoza mucho más distante y mucho más tórrida, no solía llegar apenas un cuarto del total de la carga, así que o lo pagaban muy muy bien, o los Alonsos no se desplazaban hasta allí. Eso sí, a veces, aprovechaban por el camino, y vendían el agua fría que se iba derritiendo a los afanados arrieros, que iban a toda leche de aquí para allá transportando las mercancías en sus caballerías.

Sin embargo, últimamente, Eusebio no hacía más que protestar y quejarse contra el mundo; *-Estos franceses no están fastidiando. Por culpa de su guerra con Portugal, los nobles han entrado en crisis, no hacen fiestas y, por tanto, no compran hielo. Esto ya no es lo mismo de antes.-* Y siempre recordaba *- Me acuerdo cuando se coronó rey al actual rey, a Carlos IV en 1788, que servimos casi un nevero entero de hielo para celebraciones en palacios. ¡¡Menuda montaron en el Palacio de los Castejones, con fuegos de artificio y todo!!-*. Eusebio no se podía llegar a imaginar lo que se les veía encima con los citados franceses.

VI

Año de 1808. La invasión napoleónica...

Zaca estaba extasiado. Había visto en los cuatro primeros meses del año más mundo que en toda su vida anterior. Junto a su hermano José, las mulas, y el Califa, habían hecho cientos de kilómetros distribuyendo hielo del Moncayo a lugares que nunca jamás había escuchado previamente, había conocido arrieros, había bebido vino a raudales e incluso había visitado ciertos lugares de dudosa reputación en los que le habían ofrecido lo que ansiaba de su Titos, y que los había rechazado, precisamente, por no ser de su Titos.

Menos mal que iba con él su hermano José, que ya había realizado otras veces estos recorridos y sabía a donde se dirigía, porque si por Zaca hubiera sido, no hubieran pasado del Pontarrón, de las mismas afueras de Ágreda.

Sin embargo, había algo que no gustaba de ninguna de las maneras a Zaca ni a su hermano, ni por lo visto, a nadie en general. Se estaba convirtiendo en habitual el encontrarse por los Caminos Reales a grupos de soldados franceses, que aunque supuestamente eran amigos y habían venido en son de paz, y nuestros gobernantes les habían dejado entrar para conquistar conjuntamente Portugal, se estaban comportando como auténticos enemigos generando un odio denigrante hacia ellos mismos.

A Zaca y José, ya habían sido tres las veces las que los soldados franceses les habían registrado las mulas en busca de víveres, vino o algún tesoro. Al no encontrar nada de eso, y solo hallar nieve, habían encolerizado con el resultado de terminar en las tres ocasiones toda la nieve por el suelo, perdiendo la mercancía y las jornadas de trabajo, sin obtener ningún beneficio, solo pérdidas. La tercera vez, Zaca, encolerizado, estuvo a punto de saltar violentamente contra ellos. De no haber sido por su hermano, José, que le paró los pies, seguramente, esta historia hubiera terminado aquí, puesto que los soldados franceses perfectamente uniformados y fuertemente armados, no hubieran tenido el mínimo reparo de haberle ensartado en sus sables, aunque solo hubiese sido por un preciso y vital momento.

Zaca estaba enfurecido y echaba pestes contra los franceses. Además, en cualquier venta en la que paraban para recobrar fuerzas en sus viajes para entregar la nieve, todo el mundo opinaba lo mismo y estaba harto de sus desmanes y de sus comportamientos facinerosos. Y además, no solo eso, que en su condición de aliados reclamaban cebada y avena a los Concejos, bajo pena de fuertes multas, para alimentar a sus caballerías. Los Alonso que no tenían de estos bienes, por no poseer apenas fincas de cultivo, tuvieron que pagar su parte al Concejo en dinero contante y sonante. *–Como pidan mucho más, no vamos a tener que darles-* le decía preocupado Eusebio a Eloísa, a sabiendas de que los beneficios que daba la nieve no eran muy cuantiosos.

Pronto llegaron noticias a Ágreda procedentes desde Soria de que, por lo visto, el pueblo de Madrid se había levantado en armas protestando contra la presencia y los desmanes de los franceses, y porque además parecía ser que habían destronado a los

reyes españoles, los habían hecho presos y ahora era un tal Napoleón, un francés, el que gobernaba España. El sentimiento general de la gente fue de rechazo total a los franceses y de una combatividad hacia su presencia nunca imaginada. Todos los habitantes de Ágreda salieron a la calle gritando contra los franceses y echando vivas a Fernando VII, el nuevo rey que le había usurpado el trono a su padre Carlos IV en el Motín de Aranjuez.

De hecho, ya en Junio, un brigadier descendiente de los Castejón de Ágreda había formado una Junta Provincial de Gobierno y de Defensa en Soria para luchar contra los franceses, y se ordenó el alistamiento de hombres útiles en toda la provincia para defender a la patria. En Ágreda hubo una reunión multitudinaria en la plaza y se alistaron voluntariamente prácticamente todos los hombres del pueblo, incluidos los Alonso. Zaca, también quiso presentarse voluntario, pero tuvo que intervenir su padre, Eusebio, que de un tortazo lo mandó a casa de inmediato. *–Tú eres demasiado joven, y si nosotros nos alistamos, ¿quién va a cuidar los neveros? ¿quién va a atender los pedidos?*– La situación era de una gravedad desmesurada. Se iba a iniciar una guerra y muchas vidas estarían en juego.

Zaca no quería morir. Quería luchar también contra los franceses como los demás, pero a lo mejor él podía ayudar de otra forma. No todo era guerra, sino que también había que sanar a los caídos en las batallas y para ello la nieve, su nieve, era muy importante. Podía ser útil. Pero para eso tendría que seguir gestionando los neveros de Moncayo pasase lo que pasase.

Comprendiendo lo que quería decir su padre, Zaca se marchó a casa por la calle de los Zapateros. Estaba desierta. Todo el mundo estaba reunido en la plaza. Y sin embargo, al cruzar la esquina de la calle Esopo, se chocó casi de bruces con su ansiada Milagritos a la que hacía, por lo menos, dos meses que no veía. A Zaca, que había espabilado mucho en todo el año realizando los repartos de nieve, y además estaba enfurecido contra los franceses por lo cual estaba enervado, en vez de quedarse callado como otras veces, le dio por hablar con ella como un energúmeno con un tono valiente y un tanto bravucón. No estaba enfadado con ella sino con la situación, y le empezó a preguntar sin orden ni concierto sobre qué opinaba sobre los franceses, el alistamiento, la nieve que le tiraron, el agua de la fuente, su cántaro, su mula Peca y su mastín Califa,

sobre los reyes de España, sobre los helados de los Castejones, etc, etc. Eran tales los despropósitos que al pobre Zaca, nervioso como estaba, le salían por la boca, que Milagritos no pudo hacer otra cosa que reír a carcajadas. Zaca se quedó extrañado y al pensar en todo lo que había dicho en poco rato, sonrió y rió también a carcajadas. Cualquiera que los hubiese visto así en una situación tan tensa, hubiera pensado que eran tontos o que estaban locos, pero no sabrían que en ese momento, se había encendido con esas carcajadas, una chispa, que en ese instante iniciaba una amistad. Tras esto, estuvieron hablando un rato en el poyete de la casa de Zaca hasta que vieron venir a toda la gente que regresaba a sus casas enaltecida y preocupada al mismo tiempo desde la plaza Mayor. Fue una conversación corta pero intensa, donde pudieron hablarse de tú a tú y, por primera vez, como personas adultas. Zaca ahora podría recordar también sus palabras.

Sin embargo, la situación seguía empeorando. En Julio los franceses volvieron a pedir más contribuciones a todos los pueblos y hubieron de reunirse todos los Alcaldes de la Tierra de Ágreda para ver cuánto de la suma total correspondía a cada uno. Eso significó una contribución extra que dolió y mucho en casa de los Alonso, que aunque intentaban vender toda la nieve que podían, ahora nadie la compraba de capricho y no tenían ingreso alguno. De no ser por la ayuda de los vecinos para pagar su parte al Concejo, y a la huerta y a los animales, o una de dos; o hubieran sido encarcelados por no cumplir con sus obligaciones para con los franceses, o hubieran muerto de hambre.

La situación empeoraba por momentos, y ahora también, por el otro bando, por el español. En Septiembre, se exigía a todos los vecinos que aportasen ropas y zapatos para vestir al Ejército de Castilla la Vieja, y el Procurador de la Tierra de Ágreda exigió que se entregasen todas las cabalgaduras mayores y menores, que hubiese en los pueblos de la comarca, sin distinción de personas eclesiásticas y nobles para ayudar a la guerra contra los franceses. -¡¡¿¿Qué??!!- gritó Zaca. -¡¡Es decir, que apenas tengo yo ropa para combatir el frío en Moncayo y aún encima la tengo que regalar!! ¿¿Y me están diciendo que tengo que entregar al ejército a mi mula Peca??¡¡Ni hablar!!- Así que en ese mismo momento, Zaca subió a casa preparó un atillo con algo de ropa, sacó a la Peca del corral y salió del pueblo por la Puerta Nueva a toda prisa en dirección a Moncayo. Así se dirigió hasta los neveros, donde ató a la Peca a la casucha de piedras con una soga bien larga y escondió sus vestimentas. -Si te quieren Peca, que suban a

buscarte, yo no te entrego a nadie ni muerto- y dándole un beso a la mula en la peca emprendió el descenso hacia Ágreda andando.

No paraban de pasar por Ágreda ejércitos y más ejércitos. Todos pedían de comer, y casi nadie hacía por darles. Bastante tenían los agredeños con sobrevivir, como para regalar, así que cada soldado rapiñaba víveres por donde podía. El 4% de la cosecha con el que los agredeños habían contribuido al Ejército nacional tampoco había sido suficiente y todo el mundo, propios y extraños, tenía hambre.

El Hospital de San Andrés de Ágreda estaba lleno de militares enfermos y ni siquiera había camas suficientes para todos. Zaca, que ya era el hombre de la casa tras partir Eusebio y sus dos hermanos con el Ejército a luchar contra los franceses, poco podía hacer puesto que la nieve que quedaba en los neveros de Moncayo era ya muy escasa, pero bajaba toda la que podía. Lo hacía a lomos de la Peca a la cual dejaba escondida, para evitar que se la viesan y se la quitaran, en el monte de la Atalaya, para después bajar la nieve en un carretillo hasta el pueblo. Anda que no le agradecían el hielo en el Hospital, puesto que ayudaba a detener las hemorragias de los heridos, actuaba como anti-inflamatorio para los traumatismos, los esguinces y las fracturas, y para rebajar la temperatura en los procesos febriles cuando algún soldado empeoraba sobremanera. Todos los días en el Hospital de San Andrés esperaban la nieve de Zaca como agua de mayo, pero con economía de guerra, nunca se la pagaban. Esto iba de mal en peor, y poco ya tenían que comer, por no decir nada, Eloisa y él.

VII

De nuevo: Año de 1808. Fiestas de San Miguel...

De esta forma volvemos al principio de este relato y así comprenderá el lector porque en este año de 1808 no hubo fiestas de San Miguel, sino que como decíamos al principio; *“Una misa por el patrón, San Miguel, y vas que te arrean”*.

La situación no daba para más e imaginamos que el entusiasmo popular sería también prácticamente nulo. Nuestro Zacarías, que se había pegado todo el año pensando en cómo recortar a las vacas como el Toñín, el de la Costoya, para sorprender a su Milagritos, ya no se acordaba siquiera de ellas, pero de lo que no se olvidaba y

lamentaba muchísimo, era de no poder bailar otra vez con su Milagritos la canción de “*Y soñé que la nieve ardía*”. Bueno, esa o cualquier otra. Llevaba todo el año fantaseando con este momento. Con lo que a él le hubiera gustado estrecharla entre sus brazos y haberse rozado aunque fuese, simplemente, un poquitín con ella, y mirándola fijamente a los ojos haberle lanzado un beso indiscreto, un beso final, un beso aclaratorio del amor vitalicio que se tenían que profesar. Sin embargo, este año se tendría que quedar sin baile, sin roce, sin beso, sin Milagritos, sin vacas y sin nada. – *Mierda de franceses-* pensaba malhumorado Zaca –*en qué momento han tenido que venir a joder todo-*.

Zaca se tuvo que conformar con ver de lejos a la Milagritos en la misa del santo patrón, San Miguel, –*con sus mejores galas, estaba preciosa-* se regodeaba Zaca, y con los trescientos sesenta carneros que por obligación trajeron desde los pueblos de la Tierra de Ágreda al día siguiente para alimentar a las tropas que pasaban por Ágreda. – *No son vacas bravas, pero al menos tienen cuernos-* se lamentaba irónico Zaca.

VIII

La batalla de Tudela

El día uno de octubre de 1808 llegaron a Ágreda, cinco mil soldados españoles, y según dijeron los del Concejo, para el día siguiente se esperaban otros cinco mil. Eran casi todos del Ejército del Centro o de Andalucía que a las órdenes del general Castaños habían sido capaces de derrotar a los franceses, siendo los primeros de toda Europa en conseguirlo, en la Batalla de Bailén. Ahora parecía que otra batalla era inminente y estaban reuniendo a todas las tropas entre Calahorra y Tudela, teniendo el cuartel general en Cintruénigo. Los franceses también andaban cerca, un ejército en Lodosa y otro de sus ejércitos en Aranda de Duero.

–*A mí me da igual los que vengan-* protestaba Zaca– *mi padre tenía por tradición subir a los neveros todos los días uno de octubre a descargar la paja para tenerla preparada para el invierno, y eso es lo que voy a hacer-*. Así salió de Ágreda, fue a buscar a la Peca a donde la tenía escondida y bajaron, de nuevo, hasta la era cerca de la Fuente Somera donde siempre almacenaban la paja. –*Hoy Peca, te va a tocar a ti sola*

cargar con todo- le decía Zaca a la mula mientras le enganchaba el carro, y es que la otra mula y la yegua habían partido con los hombres al frente.

Siguieron parando y pasando soldados españoles por Ágreda durante todo el mes hasta el número de casi 20.000 y todos pedían de comer. Era impresionante cómo, entre unos y otros, estaban agobiando a las economías familiares y les estaban dejando a todas las familias agredeñas sin nada que echarse a la boca. Lo único bueno de todo esto es que, entre tanto soldado, se hallaban Eusebio, José y Carmelo, cuyo destacamento de Soria también se dirigía hacia Cintruénigo e hicieron parada y fonda en Ágreda. Para ellos sí, cómo no, sacaron parte de los víveres que Eloísa y Zaca tenían enterrados en el corral y mataron al cabrito, puesto que sabían que a este paso pronto se lo requisarían. Eloísa estaba muy preocupada por los hombres de su casa. *—Ay Virgen de los Milagros, protégelos y que no les pasa nada. Ay madre mía, mis niños y mi marido en una guerra-* sollozaba Eloísa al tiempo que todos trataban de consolarla no sin miedo en sus propios ojos. *-No se preocupe, madre. Que seguro que todo se queda en una tontería y volvemos sanos y salvos.-* decía no muy convencido Carmelo.

Al poco, otro anuncio. Más peticiones y exigencias. Ante la desobediencia de no entregar las caballerías a los ejércitos, volvían a exigirlo para proveer al ejército español ante la inminente batalla que estaba claro que se iba a producir próximamente en algún punto de la Ribera del Ebro. Zaca, volvió a echarse al monte a toda mecha con su Peca hasta los neveros de Moncayo. *—Lo siento Peca, pero no te vas a mover de aquí hasta que seas imprescindible-*. Y así fue, la dejó allí aunque le costara subir cada dos días con cebada y agua para alimentarla. *—Pero no te entregaré a nadie-*. A Zaca le iba a dar algo, andaba todo el día atacado por los nervios. Sin duda que semejante situación para tan corta edad, le superaba y le causaba un profundo estrés y, a veces, incluso, hasta taquicardias.

No obstante, Zaca intentaba seguir con sus labores y con sus obligaciones. Para Todos los Santos se cumplió el refrán y hubo nieve en los altos, y para allá que se fue Zaca para intentar conservar las primeras nieves y obtener el hielo que tan preciado era en esos momentos en los que ya hacía más de un mes que se había acabado el de la campaña anterior.

Finalmente, la batalla entre unos 26.000 españoles y unos 30.000 franceses se produjo el día 23 de Noviembre de 1808 en Tudela, y desde el punto de la mañana se oyó perfectamente desde Ágreda el estruendo de la artillería como si estuviera explotando a media legua. Era algo excepcional, e inmensas columnas de humo pudieron ser vistas por Zaca cuando bajaba de Moncayo. *-¿Qué habría sido de sus hermanos y de su padre? ¿Estarían bien?-* Zaca no paraba de darle vueltas y estaba muy preocupado, así que aceleró el paso para llegar cuanto antes a Ágreda. Bajaba nieve para el Hospital de San Andrés.

Al llegar a Ágreda, Zaca se quedó de piedra. Todo el pueblo estaba lleno de nuevo de soldados españoles que habían llegado huyendo desde Tudela desde el punto de la mañana. Los franceses, en superioridad y con mejor estrategia, habían superado a los españoles y éstos no habían tenido otro remedio que huir cada uno por donde podía. Se dijo que llegaron unos 16.000 y todos con hambre. *-¿Qué barbaridad-* pensaba Zaca *-si con lo que les hemos dado desde hace un mes tenían que haber derrotado a los franceses como si fueran pulgas, y ahora son derrotados y ¿quieren que les sigamos dando de comer?-* Zaca estaba muy enfadado, y es que su estómago hacía tiempo que emitía continuos y sonoros rugidos, y ya nada podía entregar. *-¿Cómo si ya no tengo ni siquiera huevos para comer?-* gritaba Zaca desesperado. Y es que su cuerpo, daba auténtica pena. Estaba tan delgado que se le marcaba todo el costillar y su cara estaba tan pálida que parecía que había visto a la misma muerte en persona. Así no podía aguantar mucho tiempo, estaba a punto de desfallecer, pero sin embargo, seguía llevando a cabo todas sus obligaciones. *-Al menos todos estamos igual de mal, o incluso los que van a la guerra, peor todavía-* los terminaba perdonando entonces.

Lo bueno de todo fue, que a media tarde y entre un grupo muy numeroso de huidos, aparecieron con vida los tres varones Alonso; Eusebio, José y Carmelo. Zaca, estaba sentado en el poyete de su casa para ver si aparecía su Titos, cuando los vio cruzar la esquina de la calle de los Zapateros y encaminarse por la calle Esopo. Llamó a su madre Eloísa y corrió para fundirse con ellos en un profundo y largo abrazo. Después, junto al fuego del hogar, Eusebio explicó que había sido un desastre, que la colocación de los franceses había sido mejor desde el principio y que, por tanto, pronto se vieron en desventaja, por lo que poco a poco los españoles empezaron a huir y a

retirarse, y cada vez fue a más, hasta que cundió el pánico y la indisciplina y salieron todos huyendo en estampida.

No obstante, poco duró la alegría en casa de los Alonso, porque al día siguiente, hacia el mediodía, llegó la noticia de que se aproximaban desde Soria un ejército francés al mando del temible general Ney que estaba compuesto por, nada más y nada menos, que 20.000 hombres. Todos los soldados españoles huidos el día de antes, incluidos los varones Alonso, salieron huyendo de nuevo con aparatoso estrépito hacia Vozmediano y La Cueva de Ágreda para replegarse hacia Madrid bordeando el Moncayo. Zaca que bajaba por el camino desde los neveros, se asustó muchísimo al ver una nube de polvo que subía por el camino que él tenía que bajar. Echó a correr, y escondiendo a la Peca con los serones de nieve en un frondoso pinar, volvió sobre sus pasos hasta el borde del camino, para escondido ver de qué se trataba. Por las raídas, sucias y desvencijadas vestimentas vio que se trataba del ejército español que iba encabezado por ¿quién si no? Los Alonso, que perfectos conocedores de ese camino, guiaban al resto de la tropa hasta La Cueva de Ágreda para que desde allí llegasen por Beratón y el valle del Isuela hasta Calatayud. Zaca salió al camino, no sin peligro de que le hubiesen pegado algún tiro, pero al ver que se abrazaba con los guías, los soldados se relajaron. *–No te preocupes, Zaca, –le dijo Eusebio– en Beratón abandonamos y nos volvemos para casa. Ya hemos visto bastante–.* Y uniéndose en un largo abrazo se despidieron.

Zaca esperó a que terminase de pasar toda la parte del ejército que había decidido huir por el Canto Hincao no fuera a ser que le quitaran a la Peca. Daba lástima verlos. Los primeros, sucios y vestidos con harapos, andaban por su propio pie, pero los últimos, desvalidos, malheridos, inválidos e incluso con extremidades amputadas, prácticamente se arrastraban por el suelo y algunos ayudándose entre dos podían llegar a ser uno y andar a trompicones. Zaca no había visto un espectáculo tan dantesco en todos los días de su vida. Aquello parecía una procesión de zombies recién salidos de sus sepulcros. Fue como una pesadilla que estremeció el ya maltrecho cuerpo de Zaca.

Al contarle de que huían, Zaca dudó qué hacer... No quería encontrarse con los franceses en Ágreda pero, sin embargo, su madre Eloísa y su Milagritos, estaban allí y no las podía abandonar a su suerte. Sopesó las diferentes posibilidades durante largo

rato viendo pasar aquella procesión pasmosa, y finalmente, decidió que si realmente era cierto que los franceses llegarían al día siguiente, aún le daba tiempo de bajar, llegar al anochecer, dejar la nieve en el Hospital, pasar la noche en casa, recoger a su madre y procurarle una huída segura a Milagritos, y volver a huir como estaban haciendo todos. De esta forma, emprendió el descenso hacia Ágreda.

Mientras tanto, en Ágreda, el pánico se había hecho presa de todos sus habitantes. Los soldados en vez de tratar de resistir ante los franceses y defender el pueblo como se esperaba de ellos, huyeron y dejaron a Ágreda indefensa ante los franceses. De hecho, esa misma tarde del 24 de Noviembre, llegó a Ágreda una avanzadilla de ese gran ejército compuesta en su mayoría por caballería. Estuvieron toda la tarde y buena parte de la noche, galopando por las calles y realizando todo tipo de pillajes y de saqueos.

Zaca nada más llegar, se dispuso a entrar a la Villa por la Puerta Nueva, como de costumbre. Al ir a franquearla, dos espadas se desplegaron sobre su cuello haciéndole detener de inmediato el paso. Eran dos franceses. Lo registraron de arriba abajo y al ver que no tenía nada que saquear excepto la nieve que bajaba de Moncayo, encolerizaron y le tiraron por el suelo toda la nieve que portaba en el carretillo. *-¡¡La cuarta vez!!-* gruñó enfurecido Zaca, pero ahora no era momento de enfrentarse contra nadie ya que estaba en absoluta desventaja. Los franceses viéndolo desarmado y con cara de bonachón lo dejaron marchar, y Zaca corrió a refugiarse en su casa. Nadie había por las calles excepto los franceses amedrentando a cualquiera que se dejara ver. Todos los agredeños estaban escondidos en sus casas, en corrales, en cuevas o en el monte. A Dios Gracias, su madre, la Eloísa estaba bien. Tabicaron todas las puertas y ventanas de la casa con tableros desde dentro, y trataron de dormir un poco. Fue imposible. Durante toda la noche se oyeron cascos de caballos al galope por las calles, canticos de soldados franceses completamente borrachos, gritos de agredeños que eran torturados, e incluso algunos muertos, para que confesaran donde guardaban sus tesorillos o alimentos, alharidos de muchachas a las que desfloraban o manchaban su limpio nombre, etc., etc. *-¿Qué sería de su pobre Milagritos?-* Zaca no dejó de darle vueltas a la cabeza muy preocupado durante toda la noche.

IX

La huída moncaína

Fue una noche de perros. Zaca no había pasado tanto miedo en su vida. Hubo dos momentos críticos en que los soldados franceses estuvieron a punto de entrar a su casa. En una ocasión llamaron a la puerta con enormes golpes, al no contestar ellos desde dentro, parece que se conformaron y se fueron. En otra ocasión, se asomaron por encima de la tapia al corral. Al ver que ya no había ningún animal de los que hasta ese verano había cuidado Zaca, y que poco a poco y con motivo del hambre, habían tenido que ir consumiendo o incluso les habían sido requisados por las tropas españolas, también se marcharon. *-Ufffff-* respiró Zaca aliviado en las dos ocasiones. Pero, sin embargo, no dejaba de preguntarse por su Titos.

Al poco de amanecer, se fueron oyendo voces por el pueblo de que la avanzadilla francesa había formado en la Puerta de la Villa y se había marchado camino de Tarazona, pero todavía quedaba por venir la gran masa con los 20.000 soldados, que supuestamente, también tenían que haber participado en la Batalla de Tudela pero que afortunadamente para las tropas españolas, habían llegado tarde.

Ante tales voces, poco a poco, se fueron abriendo las puertas y poco a poco los agrededores fueron asomando con miedo las cabezas sin terminar de creerse lo que les referían. Parecía ser cierto y Zaca, sin dudarlos dos veces, subió corriendo a la Plaza del Castejón para ir directo hasta la casa de Milagritos. Al llegar, llamó varias veces fuertemente en la puerta, pero nadie contestaba. Ante la posibilidad de que pensarán que también era un francés y que por eso no le habrían, empezó a gritar; *-¡¡Milagritos!! ¡¡Milagritos!! ¡¡Abridme!! ¡¡Soy Zacarías Alonso, el nevero!!-* Zaca estaba fuera de sí. Nunca antes había hablado con ella en público y nunca antes había ido a su casa, pero ahora ahí estaba gritando como un poseído. A puro de gritar y gritar, finalmente, se abrió la puerta. Apareció un anciano enjuto y casi ciego. Era el padre de Milagritos. Sólo eran dos en la familia, puesto que la madre de ella había muerto en su parto.

Zaca, le asaltó con un sinfín de preguntas: *-¿Está Milagritos? ¿Cómo está? ¿Puedo verla? ¿Dónde está?-* El padre de ella levantando su cachaba dijo finalmente; *-Tranquilo, muchacho, Milagritos está aquí pero debes de ser prudente. Está malherida y ha perdido mucha sangre durante toda la noche. Por favor,*

ayúdanos.- Zaca apartó al anciano de su camino y se lanzó apresuradamente hasta la habitación en la que ella estaba. Tenía los ojos cerrados y una tez blanquísima, estaba realmente grave. -¿Qué es lo que ha pasado?- preguntó Zaca. El padre de Milagritos, que se había pasado toda la noche en vela, cuidándola, dijo gravemente: -Ayer fue a la fuente de la plaza de San Miguel a coger agua, como siempre. Allí los soldados franceses intentaron violentarla, pero al zafarse de ellos, se echó a correr, le alcanzaron y desde el caballo le asestaron un gran corte en el brazo con una enorme daga. Llegó a casa como pudo y desde anoche no ha hecho más que perder sangre.-

Zaca trató de pensar; *-¡¡Necesitaba nieve para sanarla!! Pero no tenía. ¡¡Los bastardos franceses me la han tirado por cuarta vez!!- Necesitaba ir a por más, pero sin embargo, era peligrosísimo permanecer en Ágreda al mismo tiempo que los 20.000 franceses. Había que desalojar Ágreda y huir como el día anterior lo habían hecho los soldados. -Pero, ¿cómo podía mover a Milagritos en ese estado?- pensaba. La Peca era la solución. Iría a por ella a su escondite en el monte de la Atalaya, volvería al pueblo, recogería a su madre Eloísa y a Milagritos (su padre se negaba a moverse a ningún sitio), e irían a La Cueva de Ágreda donde se encontrarían con su padre y sus hermanos, y en cuyo camino, desde el Canto Hincayo, podría acercarse en un momento hasta los neveros a coger algo de nieve para tratar de cortar la hemorragia en su brazo. -Era el plan perfecto- se congratuló Zaca.*

Así lo hizo. Al salir de Ágreda con Eloísa y la Milagritos recostada y semiinconsciente sobre la Peca, ya eran cientos de agredañes los que habían tomado la misma decisión y huían hacia Aldehuela, La Cueva o Fuentes de Ágreda. Eran terribles las historias que relataban acaecidas esa noche. Entre otras, se decía que habían encontrado a D. Antonio de Castejón, Marqués de Velamazán y Conde de Castejón, escondido en unos corrales y que lo habían maltratado gravemente para que les entregase sus tesoros, y que también se habían saqueado todas las iglesias y todos los conventos tanto de monjes como de monjas.

Pronto tuvieron ocasión de comprobarlo. Al llegar al convento de San Francisco, vieron a todas las hermanas del convento de las Agustinas muy apesadumbras y nerviosas. Habían pasado toda la noche en vela amenazadas por soldados franceses que registraron durante toda la noche el convento en busca de botín. Ahora, y queriéndolo

evitar de nuevo, abandonaron el convento a su suerte, y se disponían a desplazarse también a La Cueva de Ágrede, de donde procedía su monjera, quien les había ofrecido su casa natal para esconderse allí. Al ver las monjas a Zaca con la Peca, salieron todas a mitad del camino haciendo grandes aspavientos. –*Ave María Purísima, joven-* dijeron al unísono las monjas –*¿Sería usted tan amable de llevar a la subpriora, Sor M^a de los Dolores, en su jaca hasta La Cueva de Ágrede? Esta muy baldada y no puede andar.*- Zaca dudó y desestimó la idea, pero Eloísa insistió, y al ver de reojo que Pedro, el guarda de Moncayo, estaba montando en su mula a otra monja, no le quedó otro remedio que acceder. No había otras caballerías en todo el pueblo y no tenían otra forma de desplazarse.

La imagen era irrisoria y dramática al mismo tiempo. Zaca y Pedro encabezando la marcha tirando de las dos mulas, dos monjas a lomos de cada una, y la Peca portando, además, a Milagritos semiinconsciente. Tras ellos, otras diez monjas vestidas de negro, otras tres novicias vestidas de blanco, el padre confesor de todas, dos criadas y un monaguillo. Iban todas llorando, muy apenadas por abandonar la clausura, y prácticamente no podían andar, puesto que rara vez lo hacían, excepto por el claustro y la huerta del Convento. La expedición se planteaba muy larga y penosa. Eloísa trataba de reconfortarlas y darles ánimos.

Estando descansado y bebiendo agua en el abrevadero de Cañada Rosa, vieron la gran nube de polvo que los 20.000 soldados franceses levantaban a su paso por la Sierra del Madero. Se habían librado por muy poco, pero estaban relativamente a salvo. Milagritos no se reanimaba y, aunque de vez en cuando, abría un poco los ojos y emitía algún débil sonido, estaba casi más muerta que viva. Zaca, que estaba hiperdebilitado por la falta de alimentos, de sueño, el cansancio acumulado y el estrés que le causaba todo esto, iba dando tumbos y se le tastabillaban los pies, pero aún así, viendo el estado en el que se encontraba su Milagritos, animaba a las monjas a avanzar más y más rápido. Sin embargo, por mucho que les apremiaba, la avanzada edad de muchas de ellas no daba para más y tardaron en subir hasta el Collado del Canto Hincao, prácticamente, todo el día.

Estaba ya atardeciendo cuando coronaban el Collado. Sólo les quedaba bajar hasta La Cueva de Ágrede, ya muy próxima, pero seguramente llegarían casi de noche.

En este punto era donde Zaca, siguiendo su plan establecido, debía de abandonarles para desviarse hacia sus neveros de Los Cejos. Cogería un capazo de nieve para tratar de sanar a su Milagritos cuya vida parecía que pendía de un hilo, el hilo que él con su nieve, podía ofrecerle. La miró por última vez acariciándole la mejilla y peinándole el flequillo, y se despidió sin despedirse, inmerso en sus pensamientos, meditabundo y un tanto atolondrado.

X

El sueño...

Parecía que Zaca iba a desplomarse en cualquier momento. Andaba de medio lado y parecía avanzar a golpe de cabeza. Sin duda, no podía más, pero una fuerza sobrenatural le hacía continuar para tratar de salvar a su Milagritos. El Califa le acompañaba en su ascensión.

Ya era finales de Noviembre, y el tiempo, excepto en las primeras nevadas del mes, parecía comportarse. Ese día había sido, dentro del frío normal, bastante apacible, pero al llegar la noche y por encima del Canto Hincayo, la cosa cambiaba sustancialmente. De hecho, fue girar la primera curva del camino y asomarse al profundo barranco, y la niebla lo absorbió por completo. Era tan densa que la visibilidad era prácticamente nula y Zaca siquiera alcanzaba apenas a ver al Califa. Además, la noche se cerraría pronto y dejaría a Zaca en la más profunda oscuridad.

Zaca no sentía ni padecía, ni parecía preocuparse. Iba abstraído, solo andaba arrastrando los pies. Y de repente, un ruido. Una bandada de perdices pardillas alzaron el vuelo desde la ladera próxima, se posaron en el camino y precedieron a Zaca durante un buen rato. Él ni siquiera pareció inmutarse, hoy no tenía la escopeta que a veces les dejaba el guarda de Moncayo, y continuó andando sin más. De repente, salieron todas volando y apareció un majestuoso búho real que se posó sobre el Califa, y girando su cabeza casi unos 360° miraba a Zaca, el cual se quedó completamente paralizado en mitad del camino con los ojos abiertos como platos. Sin embargo, el Califa andaba como si tal cosa con el búho sobre él, y no habiendo tiempo que perder, Zaca continuó andando. Al poco, desapareció el búho y una veintena de murciélagos comenzaron a

revolotear alrededor de Zaca que asustado daba vueltas sobre sí mismo tratando de comprender qué era lo que estaba pasando. Tanto revolotearon y tantas vueltas dio, que Zaca terminó cayendo al suelo. Los murciélagos desaparecieron y Zaca se quedó sentado en el suelo tratando de entender lo que estaba pasando, no sabía si lo estaba soñando o era cierto. El Califa había salido pitando camino abajo. *–Maldito perro-pensó –toda la vida criándola para que cuando realmente lo necesitas, te abandone a la primera de cambio–.*

Se levantó y continuó andando casi a ciegas hacia los neveros. A los diez minutos, nueva intervención animal. Una familia de jabalíes compuesta casi por veinte animales, retozaban y se daban sus baños de barro en mitad del camino como si Zaca no estuviese allí. Zaca trató de evitar a los jabalíes por un lado del camino, pero éstos se levantaron, echaron a correr camino arriba y volvieron a retozar de nuevo. Zaca no salía de su asombro, y es que no quedó ahí la locura animal, sino que a lo largo del camino tuvo que presenciar los rituales y algunos cortejos de tejones, corzos, zorros, cientos de conejos adelantándole por el camino e hileras de musarañas tratando de trepar por sus piernas. *–¡Ya lo que me faltaba! Una conjura animal contra mí, ¡¡cómo si no tuviese bastante con la guerra!!–* pensaba extrañado Zaca mientras se frotaba los ojos, se rascaba la cabeza e incluso se pellizcaba para comprobar si estaba despierto. Y es que no podía ser cierto todo lo que le estaba acaeciendo. *–¿Cuándo se han comportado así los animales salvajes y todos al mismo tiempo? Algo raro está ocurriendo–* pensaba sin encontrar explicación.

Tras tanto espectáculo animal y tumbo tras tumbo, Zaca logró llegar hasta los neveros en el preciso instante en que la niebla desaparecía y despejaba todo el paisaje nevado dejándose ver una hermosa luna llena. *–Qué cosas más raras pasan hoy–* pensaba Zaca, puesto que no hacía ni siquiera aire que hubiera podido empujar las nubes. *–Da igual, hoy no tiene nada explicación–* y es que parecía haber perdido la cordura, y que hubiera sido la locura la que se hubiera apoderado de todas las cosas allá arriba.

Se dirigió a la casucha presto a encender una pequeña fogata con la que calentarse un poco. Estaba adentro tratando de encender unos romeros secos para encender, cuando de repente, en el exterior, algo pareció llamar su atención. *–Algo se ha*

movido-. Salió y no vio nada. *-Bueno, sería el aire-* sentenció mientras volvía a la casucha de piedras para continuar encendiendo la fogata. Estaba dándole al chisquero de pedernal, cuando de pronto y de reojo, vio algo blanco que había pasado rápidamente por la puerta de la casucha. Zaca sintió miedo. Había alguien afuera. *-Pero, ¿quién podía ser? Si él había subido sólo y nunca subía nadie hasta allí, excepto los Alonso-* pensaba. Por miedo a que fuera un francés que le había seguido hasta allí en busca de tesoros, preguntó: *-¿Hay alguien ahí?-* Nadie respondió afuera, así que sacó su navaja y empezó a aproximarse a la salida de la casucha con más miedo que alma. Asomó la cabeza y todo estaba desierto, solo los neveros llenos de nieve, con el aspecto de costumbre. Salió, miró en derredor, dio la vuelta a la casucha y no vio a nadie. *-Qué extraño. Bueno, habrá sido un reflejo de la luna -*. Volvió al interior y esta vez sí, encendió la fogata. Estaba avivándola y echándole más leña, cuando de nuevo, pudo ver, ahora con mucha más nitidez, algo parecido a un vestido blanco que se alejaba con rapidez. Zaca salió corriendo de la casucha y trató de ver qué era aquello en realidad. Parecía ser una mujer con un vestido blanco que bailaba alrededor de los neveros. Trató de distinguir quién era y pudo ver perfectamente la cara de Milagritos. *-¡¡No puede ser!! Si Milagritos debe estar ya en La Cueva de Ágrede con las monjas y mi madre.-* Y tan pronto como gritaba estas palabras, una lengua de fuego salió fugaz de la fogata de la casucha de piedras y se extendía a lo largo y alrededor de todos los neveros con una altura considerable. Todos los animales se hicieron presentes de golpe y observaban el espectáculo.

De repente, las llamas se helaban y caían al suelo, y de nuevo, volvía a salir de la casucha otra llama de fuego y la nieve volvía arder. Ardía unos segundos, se helaba el fuego y caía al suelo. Sin saber cómo, Zaca se vio corriendo detrás de esa figura blanca que a él le parecía ser su Milagritos, al tiempo que bailaba con los brazos en alto y cantaba: *“Milagritos, Titos, Titos, Milagritos, Titos, Titos”*.

Así estaría casi media hora tratando de alcanzar, sin conseguirlo, a esa figura blanca alrededor de los neveros en llamas. Al final, abatido por el cansancio, la hambruna y la confusión de todo lo que estaba ocurriendo aquella noche, Zaca cayó desmayado dentro de uno de los neveros.

XI

El dulce despertar

Un nuevo día comenzaba y el sol ya dominaba gran parte de los paisajes. Zaca seguía tumbado en el fondo del nevero. Con los primeros rayos de sol en su cara empezó a desperezarse y a mover lentamente sus articulaciones. Le costaba moverse, estaba aturdido y dolorido. Se rascó la cabeza, abrió ligeramente un ojo, luego el otro, y como no creyéndose realmente lo que estaba viendo, se incorporó y se frotó ambos ojos. Estaba dentro de uno de los neveros. *-¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué es lo que había ocurrido?*- se puso a pensar. No recordaba prácticamente nada. Se acordaba de la lastimera expedición con las monjas hasta el Canto Hincayo, que Milagritos se había ido montada en la Peca con ellas y su madre hasta La Cueva de Ágrede huyendo de los franceses y que él había subido a los neveros a por nieve para tratar de cortar la hemorragia en el brazo de su Milagritos. *-Pero, ¿porqué estaba dentro de un nevero? ¿Donde estaba la nieve? ¿Porqué el nevero tenía ese color negruzco?*- Zaca no se acordaba de nada.

Salió del nevero trepando como pudo y vio que en todos los neveros y en la zona inmediatamente anexa a ellos había desaparecido la nieve, e igualmente había desaparecido hasta la misma puerta de la casucha de piedras. En su lugar, sólo había restos de un incendio, puesto que los brezos que supuestamente tendrían que estar debajo de la nieve, estaban totalmente calcinados.

-Qué extraño es todo esto. ¿Qué ha podido ocurrir durante la noche?- pensaba Zaca contrariado. No lo sabía, pero él había subido hasta allí a por nieve para su Milagritos, y él todavía seguía allí sin haber bajado la nieve, así que se puso manos a la obra. Como ya no había nieve en los neveros, no sabía Zaca porqué extraño motivo, cogió nieve de los alrededores la apisonó con el pisón en un capazo y emprendió la marcha hacia la Cueva de Ágrede. Milagritos seguramente ya no podía esperar más.

Tras un largo descenso portando el considerable peso del capazo, llegó Zaca a La Cueva de Ágrede. Allí preguntó a unos aldeanos sobre donde estaban alojadas las monjas Agustinas de Ágrede y que si con ellas estaba una joven herida y una mujer mayor. Le respondieron afirmativamente y le indicaron diligentemente cómo llegar. No era difícil, el pueblo no era grande. Llegó Zaca hasta la misma calle, y al verlo venir,

todas salieron a su encuentro excepto Milagritos. Él, sin hacer gran pompa, preguntó por el lugar donde estaba Titos y allí se dirigió con su capazo de nieve. Titos estaba tendida en una cama y parecía tener fiebre, por lo que le vendría todavía mejor la nieve, pero ya tenía mejor aspecto que el día anterior. En cuanto lo vio entrar por la puerta, se incorporó un poco y le mandó acercarse con el dedo. Zaca se acercó. Titos le recomendó sentarse junto a ella en la cama y le hizo señas para que se acercase todavía más. Cuando lo tuvo suficientemente cerca y sin mediar palabra, lo enganchó de la pechera y atrajo los labios de Zaca directamente hasta los suyos fundiéndose en un largo y apasionado beso.

Tras un breve momento a solas y tras que Eloísa le practicara a Titos algunas curas con la nieve, Zaca salió a la calle en el mismo momento en que su padre Eusebio y sus hermanos, José y Carmelo, volvían desde Beratón de guiar a los soldados españoles que huían hacia Madrid. La emoción de encontrarse, de nuevo, los cuatro Alonso, los de la nieve, le hizo a Eusebio entonar una canción que los hijos continuaron a coro:

“Soñé que la nieve ardía,

Soñé que el fuego se helaba,

Soñé cosas imposibles,

Soñé que tú me querías”

FIN